

XCVI

Diciembre, 1882.

Pasaba yo por una calle de Burdeos. Un hombre muy bien puesto se dirigió á mí, quitándose el sombrero y tendiéndome la mano. ¡Barrada! Barrada transformado; se ha quitado su barba negra y no representa ya sus treinta y un años. La cara muy afeitada, naciente el bigote, tiene todas las apariencias de un enamorado de veinte años.

Era, como siempre, guapo y de aspecto distinguido; pero su semblante parecía mejor y más dulce, como si estuviera iluminado por una gran alegría.

Acababa de casarse con su novia española; el oro de su cinto habíale servido para poner casa. Habíase hecho *cargador* de barcos, ocupación muy lucrativa, á lo que parece, y en la cual utilizaba el bueno de Barrada su gran fuerza y sus felices disposiciones para desenredar y ordenar lo desordenado y confuso. Fué necesario jurarle que á la vuelta del *Primauguet* pasaríamos Ives y yo por Burdeos para visitarle.

Barrada era dichoso.

Aquella vida definitiva del antiguo marinero me dió en qué pensar. Preguntábame yo si mi pobre Ives que, con un corazón tan bueno, había quebrantado mucho menos las leyes sociales, no podría también terminar algún día gozando un poco de bienandanza.

XCVII

« *Telegrama.* — Tolón, 3 de Abril 1883. — Á Ives Kermadec, á bordo del *Primauguet*. — Brest. — Has sido nombrado *segundo*. — Te abrazo. — *Pedro.* »

Aquella noticia era su bienvenida, su festejo de llegada, porque sólo hace veintitantas horas que *el Primauguet*, de regreso de su largo paseo por el Océano, había entrado en aguas de Francia.

Los galones de oro que yo enviaba á Ives por telégrafo no fueron *mojados* como lo habían sido en otra época los de lana. — No; los tiempos habían cambiado; Ives se ocultó en el entrepuente en un rincón donde estaban su armario y su saco, rincón que consideraba como su casa; rápidamente bajó allá para estar solo y saborear aquella alegría que llegaba, para leer y releer

aquel papelito azul que abría ante sus ojos una nueva era.

¡Era aquello tan bello, tan inesperado después de su mala conducta pasada!

Había estado yo en París para solicitar esta merced, para intrigar mucho en favor de mi hermano adoptivo, saliendo fiador de su conducta para el porvenir. Una mujer de corazón había tenido la bondad de poner al servicio de mi causa toda su influencia, que era decisiva, y entonces el ascenso de Ives, aunque difícil, fué obtenido por asalto.

Ives no acababa de mirar su buena suerte desde todos sus aspectos. Por el pronto, en vez de verse precisado á solicitar una licencia corta que acaso se le hubiese escatimado, con sus galones de oro iba á partir por derecho propio para Toulven; se le iba á enviar en *expectación* de destino durante tres meses, por lo menos, quizá cuatro. Tendría, pues, todo el verano para pasarlo allí, con su mujer y su hijo en su casita, terminada ya, y donde se le esperaba justamente para instalarse todos... Además, iban á ser muy ricos, lo cual no estorbaría.

No; nunca en su vida de pobre errante, siempre dedicada al trabajo, nunca había pasado una hora tan hermosa, una alegría tan grande como

la que su hermano Pedro acababa de enviarle por el telégrafo.

XCVIII

Cuando los vientos me llevan de nuevo á Bretaña, corren los últimos días de Mayo; los más hermosos de la primavera bretona.

Seis semanas hace que Ives está en su casita de Toulven arreglando mi cuarto y disponiéndolo todo para cuando yo llegue.

18 de Mayo, en el mar.

Ya conocemos que nuestra Bretaña se aproxima.

El tiempo es hermoso, pero como son los tiempos hermosos en Bretaña: tranquilo y melancólico.

Á las ocho de la mañana, doblado el Cabo de Pen-Marc'h, los granitos célticos, los peñascos inmensos se dibujan y van acercándose á nosotros.

Ahora vemos verdaderos bancos de bruma — pero ligera, bruma de verano — que se posan por todas partes en las lejanías del horizonte.

Á la una, el paso de *Toulinguets*; después entramos en el puerto.

19 de Mayo. — Una licencia de ocho días. Á las doce estoy en el ferrocarril, dirigiéndome á Toulven.

Llueve durante todo el viaje sobre las campiñas bretonas, en los prados, en los valles umbríos; todo está lleno de agua.

Desde Bannalec á Toulven, una hora de coche á través de los bosques. La mirada fija hacia adelante, buscando la aguja de la iglesia en el verde horizonte.

Hela ahí: ya aparece reflejada profundamente en el triste estanque. El buen tiempo renace con un cielo pálido y azulado.

¡Toulven! El coche se detiene. Allí está Ives, con Periquillo de la mano.

Ives y yo nos miramos... después á los dos nos acomete al propio tiempo ganas de reir, viendo nuestros bigotes. El bigote cambia nuestras fisonomías, y esto resulta extraño. No nos habíamos visto desde que los marinos tienen derecho de usarlo.

Pasado el acceso de risa, nos abrazamos cariñosamente y con efusión.

¡Qué hermoso se ha puesto Periquillo! Ha crecido mucho y está fuerte. Marchamos juntos,

atravesando la aldea de Toulven, cuyas buenas gentes me conocen y salen á las puertas de sus casas para vernos llegar.

Periquillo, á quien llevamos de la mano, anda ya como un hombre. Aún no había dicho nada, algo cortado al verme; pero comienza á charlar, levanta hacia mí su cara redonda, y me mira ya como un amigo á quien comunica sus reflexiones. Vocecilla dulce que he oído muy pocas veces. ¡Cómo se le nota el acento de Bretaña!

— Padrino, ¿me has traído mi borrego?

Afortunadamente, yo me había acordado de aquella promesa hecha el año anterior: el borrego de ruedas estaba en mi maleta para Periquillo. También traía las lámparas con cabeza de *cotorra de Francia*, que había prometido á mi otro hijo grande: Ives.

He aquí la casa; blanca, alegre, con sus cercos de ventana de granito, sus cobertizos verdes, su granero con claraboya, y detrás horizonte de bosques.

Entramos. Abajo, en la cocina con gran chimenea, nos aguardan María y su sobrina Corentina.

Pero inmediatamente Ives me suplica que suba, porque ya tiene prisa de enseñarme en el piso alto su hermosa habitación blanca, con sus cortinas

de muselina y sus muebles de cerezo barnizado.

Después abre otra puerta :

— Ahora, dice, vea usted su cuarto.

Ives me mira con ansiedad para conocer el efecto producido, después de las molestias y los malos ratos que él y su mujer se han dado para que yo lo encuentre todo á mi gusto.

Entro conmovido, emocionado. Mi habitación es blanca toda; aspírase en ella un perfume delicioso; por todas partes se ven flores que han ido á buscar muy lejos para mí.

No han querido poner allí muebles viejos, ni antiguèdades de Bretaña, y me piden perdón por no haber hallado, según dicen, nada bastante bonito para amueblar el cuarto.

Han ido á Quimper para comprarme una cama lo mismo que la suya, de cerezo, madera clara, de un color alegre, algo rosado. Las mesas y las sillas son parecidas. Los pormenores más insignificantes están arreglados con cariño; sobre las paredes hay, en marcos dorados, dibujos que yo hice en otros tiempos, y una gran fotografía del campanario calado de Saint-Pol-de-Leon, fotografía que yo había regalado á Ives cuando navegábamos juntos en la *Mar brumosa*.

El pavimento es limpio, como de madera muy nueva.

— Vea usted, hermano; todo está blanco, lo mismo que á bordo, dice Ives, que por sí mismo lo ha limpiado todo, y que se descalza al subir para no ensuciar las escaleras.

No hay sino verlo todo, visitarlo todo, hasta el granero con claraboya, donde están alineadas las patatas para el invierno; hasta el vestibulo de la escalera, donde se halla colgado, como un *ex voto* de marino en una capilla de la Virgen, el barco en miniatura que Ives ha construído en sus ratos de vagar en la gavia del *Primauguet*; por último, el jardín, donde las flores y los árboles frutales empiezan á embellecer las calles frescas.

Ya estamos sentados á la mesa Ives, Maria, Coentina, Periquillo y yo. Ives se encuentra ridículo y se turba de pronto, en su papel de amo de casa. Véome obligado á trinchar, y como es la primera vez que lo hago en mi vida, tampoco acierto.

En esta comida, tomo algo por no disgustarlos; pero aquella felicidad tan completa que siento y adivino cerca de mí, felicidad á la cual he contribuído algo; aquel agradecimiento cordial y sincero que me rodea; todo esto me preocupa de una manera extraña. Encontrarme en medio de aquellas cosas raras me sorprende como una novedad deliciosa.

— ¿Sabe usted, me dice Ives, en voz baja y como en son de confidencia, que ahora voy á misa todos los domingos con ella?

Y hace, señalando á su mujer, un gesto de sumisión infantil, muy cómico en medio de su seriedad. Su manera de conducirse con María ha variado por completo, y he advertido, al entrar, que el amor ha venido á instalarse del todo en la casa nueva.

Ambos permanecen silenciosos de su felicidad, como si tuvieran miedo de espantarla hablando alto y con alegría.

Además, temíamos hablar de los muertos, de aquella Ivona que murió en el otoño pasado sin esperar la vuelta del *Primauguet*, y que Ives no había conocido; después de aquel pobre anciano, el buen Coirentin, su abuelo, que había sucumbido durante los fríos de Diciembre.

— En sus últimos tiempos, me dice María, se había puesto un genio muy malo; ¡á él, que era tan bondadoso! Decía que no sabíamos cuidarle, y todo se le volvía preguntar por su hijo Ives: « ¡Oh! Si Ives estuviese aquí, me ayudaría; podría tomarme en sus brazos robustos para volverme en la cama. » Toda la última noche estuvo llamándole.

La comida ha terminado : llega la tarde, la

tarde larga y templada de Mayo, Ives y yo nos dirigimos á la iglesia para visitar una cruz blanca que existe allí, en un altarcito con flores :

Ivona Kermadec, trece meses.

— Parece, dijo Ives, que se me asemejaba mucho.

Y aquella semejanza entre él y su hija muerta le dejó pensativo.

Mirando la cruz, la alturita, las flores, pensábamos ambos en ese misterio : aquella niña que era de la sangre de Ives, engendrada por él, que tenía sus ojos y además... probablemente un alma parecida, y que ya había vuelto al barro del suelo bretón. Es como si algo de él mismo hubiese vuelto ya á la tierra; como las arras que hubiese ya entregado al eterno polvo...

Las diez de la noche. — Voy á pasar la primera noche bajo el techo de mi hermano Ives.

Las diez dadas. — Ives y yo nos hemos dado ya las buenas noches; de pronto abre de nuevo la puerta.

— Vengo por las flores. Podrían hacerle á usted daño de noche; hemos pensado en eso...

Y se las llevó todas : las resedas, los guisantes de olor y hasta las garbas de brezos.

XCIX

El reloj del tiempo sigue marchando, marchando, muy de prisa. La semana que se me ha concedido va á concluir muy pronto.

Pasamos los días en el bosque. El tiempo es hermoso : todo florece.

El domingo hay una gran romería, una de las romerías más famosas de aquella región de Bretaña. Se verifica alrededor de la ermita consagrada á *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, que está aislada en medio de los bosques, como si estuviese allí dormida y olvidada desde la Edad Media.

La víspera, el sábado, habíamos ido á sentarnos á la sombra, Periquillo, Ives y yo, cerca de aquella ermita, en la hora de la gran calma del medio día.

Dos mujeres habían llegado : joven la una, la otra vieja y caduca. Llevaban el traje de Rosperden y parecía que hubieran caminado mucho. En las manos llevaban enormes llaves.

Eran para abrir el antiquísimo santuario, que permanece cerrado todo el año, y á fin de disponer el altar para la función del día siguiente.

Á la media luz verde de los cristales y de los árboles las veíamos apresurarse alrededor de las imágenes, sacudirlas, limpiarlas y barrer después las losas llenas de polvo y de humedad.

Quien nos viese á Ives y á mí sentados en aquellos bosques, en medio de la calma de los hermosos días del estío, no podía imaginarse qué especie de jóvenes habíamos sido, qué vida habíamos llevado, ni qué terribles escenas había habido entre nosotros, en otro tiempo, en los primeros instantes en que nuestras dos naturalezas, tan diferentes y tan semejantes, habían chocado una con la otra.

Todas las noches, durante la velada, que es corta, se juega con Periquillo á un juego de Toulven, que es muy entretenido, y consiste en coger los jugadores por la barba y recitar sin reirse una larga historia que comienza así : « Por la barba de Mineta te tengo. El primero de los dos que se ría, etc., etc. » En este juego Periquillo perdía siempre.

Después venía la *gimnástica*. Ives lograba que su hijo la hiciese volviéndole, dándole mil vueltas, la cabeza abajo, las piernas arriba... Cuando Ives, cansado de hacer diabluras, decía, arreglándose el pelo y la ropa, y adoptando su tono más serio : « Vamos : Periquillo ha terminado

su *gimnástica* por ahora, » el niño viene á mí con esa sonrisa que hace que nada pueda negársele, y me dice : « Ahora te toca á ti, padrino ; » y vuelven á comenzar los ejercicios.

C

El reloj inexorable sigue marchando ; pasadas algunas horas voy á partir, y muy pronto también mi hermano Ives partirá : ambos muy lejos, á lo desconocido.

Es el último día ; la última tarde. Ives, Periquillo y yo vamos á la cabaña de los Keremenen para despedirme de la abuela Mariana.

Ahora Mariana vive sola, bajo su techo lleno de musgo, bajo las enormes encinas formando bóveda. Pedro Kerbrás y Ana, que se han casado en la primavera, hacen labrar en la aldea una verdadera casa de piedra, como la de Ives. Todos los hijos han partido.

¡Pobre cabaña donde el día del bautizo se agitaban con alegría las cofias bretonas y las golas blancas ! Todo aquello pasó ; ahora está vacía y silenciosa. Nos sentamos en los antiguos bancos de encina y apoyamos los codos en la misma mesa donde se me había servido aquella alegre comida. La abuela permanecía en un ta-

burete, hilando en su rueca, con la cabeza baja : su aire es ya de caduca y algo trastornada.

Aunque el sol no está muy bajo todavía, aquí hay casi oscuridad. La abuela Mariana sólo habla en bretón. De vez en cuando Ives la dirige la palabra en aquella lengua del pasado ; ella responde, sonrío como si la alegrase el verme ; pero en seguida cesa la conversación y vuelve á reinar el silencio.

Tristeza vaga de la tarde al caer ; meditación sobre tiempos lejanos en aquel hogar viejo, que pronto desaparecerá del borde del camino, que caerá en ruinas como los ancianos que lo habitaron, y que nadie levantará más.

Periquillo está con nosotros. Él también quiere mucho aquella choza, y á la pobre abuela, que le adora. Lo que le gusta más es la cuna de encina, obra de otro siglo, en la cual le pusieron cuando nació. Ahora se sirve de ella, sentándose dentro, como de un columpio, paseando en torno suyo sus ojos animados y despiertos. Entonces la abuelita, encorvada y sin fuerzas, se acerca al nieto y le mece para divertirle, entonando al mismo tiempo una antigua canción bretona, que hace á Periquillo reír á carcajadas.

De pronto Periquillo junta sus manos para rezar ; es la oración de la tarde.

Palabra por palabra, con una voz muy dulce, que tiene mucho del acento de Toulven, repite, mirándome, todo lo que su abuelita sabe de francés.

— ¡Dios mío, santa y buena Virgen mía, mi buena Santa Ana, os ruego por mi padre, por mi madre, por mi padrino, por mi abuela, por mi hermanita Ivona!...

— « Por mi tío Goulven, que está muy lejos, en el mar, » agregó Ives; y con voz grave y tono más recogido siguió: « por mi abuela de *Plouherzel*... »

— Por mi abuela de *Plouherzel*, respondió su hijo.

Después esperó otra cosa para repetirla, siempre con sus manitas cruzadas.

Pero Ives está casi llorando al triste recuerdo de su madre, de su cabaña, de su aldea de *Plouherzel*, que su hijo apenas conocerá, y que él acaso no vuelva á ver nunca. Tal es la vida para los hijos de la costa, para los marinos: se alejan; las leyes de su profesión del mar les separan de sus amados padres, que apenas saben escribirles y á los cuales no vuelven á ver más.

Adelanta la noche, y una tristeza inesperada, profunda, se apodera del corazón... Y sin embargo, somos dichosos.

CI

Y los celtas echaban de menos tres piedras sin labrar, bajo un cielo lluvioso, en el fondo de un golfo lleno de islotes.

GUSTAVO FLAUBERT, *Salambó*.

Ives y yo salimos, dejando á Periquillo con la abuela. Vamos por el sendero verde, bajo la bóveda de grandes encinas y de hayas seculares, y oyendo desde lejos, en la sonoridad de la tarde, el ruido de la cuna antigua que se balancea, la canción de la abuelita y las carcajadas del niño.

Fuera es aún muy de día; el sol, bastante bajo ya, dora la tranquila campiña.

— Vamos otra vez, dice Ives, hasta la capilla de San Eloy.

Esta capilla se halla en lo alto de una colina; es antiquísima, roída por el musgo, erizada de líquenes, siempre sola, cerrada, misteriosa en medio de los bosques.

Solamente se abre una vez cada año; para la romería *de los caballos*, que vienen todos alrededor del santuario á la hora de una misa rezada que se dice por ellos. Esta romería se había verificado hacía muy poco tiempo: la hierba estaba todavía aplastada por los cascos de las caballerías que habían venido.

Esta tarde se advierte una tranquilidad extraña en las inmediaciones de la capilla.

Los verdes horizontes se extienden á lo lejos apaciblemente, como vencidos por el sueño; parece como si también fuese la tarde de nuestra vida y nada tuviéramos que hacer sino reposar en medio de aquel reposo eterno, mirando la noche que viene á extenderse sobre los campos de Bretaña y extinguir dulcemente nuestra vida en esta naturaleza que se duerme.

— Es igual, dijo Ives muy pensativo; creo que será en alguna parte, *por allá abajo* (*por allá abajo* significa Plouherzel), donde iré á parar cuando sea viejo para que me entierren cerca de la capilla de Kergrist, ¿sabe usted? aquella que le enseñé á usted. Sí; estoy seguro de que iré *allá abajo* á morir.

— Ives, querido hermano mío, te aseguro que somos niños grandes. Á menudo muy alegres, cuando no sería necesario, henos aquí tristes y melancólicos por un momento de paz que casualmente ha brillado para nosotros; no sé si la falta de costumbre será bastante para excusar esta niñería.

Viéndonos, sin embargo, ¿quién dudaría de que somos capaces de soñar despiertos solamente porque cae la tarde y porque hay calma en estos bosques?

Piensa, pues; tenemos próximamente la misma edad, unos treinta y dos años: ante nosotros la vida puede ser muy larga todavía; habrá en ella viajes, peligros, angustias, y para cada uno de nosotros sol, entusiasmos, amor y... ¿quién sabe? Acaso entre nosotros choques, rebeliones y luchas.

Entonces Ives me respondió en un tono de reconvencción triste:

— Al menos, usted lo sabe perfectamente, hermano mío, estoy completamente cambiado, y que hay *una cosa* que ha concluido definitivamente. ¿No es de eso de lo que quiere usted hablar?

Yo estreché cordialmente la mano de mi hermano Ives, y traté de sonreír como quien tiene absoluta y completa confianza.

Las historias de la vida real deberían concluir á voluntad, como las historias de los libros.

FIN

